

Pablo Picasso ante aquel anorak 25 años después

Fragmento de *El anorak de Picasso*, de José Antonio Garriga Vela, que recupera la historia de un anorak encargado por Picasso al padre del autor en su taller, donde Rusiñol y otros modernistas fundaron el Cau Ferrat

Tres años después de la muerte de Rusiñol, en agosto de 1934, Picasso viajó a Barcelona con Olga y su hijo Paulo. Un día por la mañana temprano, el artista salió a pasear por el centro de la ciudad. Visitó el Mercado de La Boquería. Luego fue Ramblas arriba y subió por calle Pelayo hasta la Plaza de la Universidad, anduvo por la Gran Vía y al llegar a calle Muntaner se detuvo delante del número 38. Vio los postigos del bajo primera abiertos y no dudó en preguntar a la portera por el nombre del inquilino que habitaba ese piso. «El sastre don Jo-

el rato que estuvo en casa. Luego añadió: «Yo creo que no pestañeaba para no perder detalle de todo lo que le rodeaba, pero sigo sin entender qué era lo que podía interesarle tanto». Mi padre murió sin saber quiénes habían sido los anteriores y célebres inquilinos del piso en el que vivíamos.

Mi padre le tomó las medidas con la cinta amarilla que se colgaba del cuello, igual que si fuera el estetoscopio de los médicos. El auscultaba la forma y los médicos el fondo. Picasso no prestó demasiada atención a las preguntas de mi padre. Miraba fijamente la atmósfera que permanecía quieta y condensada entre aquellas paredes, como si la estuviera radiografiando y a través de ella pudiera vislumbrar lo que ocurriría en ese lugar cincuenta años antes. Como si sus ojos tuvieran la facultad de penetrar a través de la niebla del tiempo. Cuando mi pa-

dre acabó de anotar las medidas, Picasso insistió en pagarle por adelantado. Antes de irse le pidió permiso para asomarse al taller. Aquel agujero de hierro, aquella madriguera de la bohemia, aquel nido de artistas, se había convertido en una sastrería. Las esculturas habían sido sustituidas por máquinas de coser, las pinturas por jaboncillos con los que mi padre marcaba las telas, los lienzos por patrones. Picasso estuvo bastantes minutos curioseando el taller. Miró las pisadas de los gatos sobre las claraboyas. Los miembros de tela diseccionados. Aquellas mangas, piernas y espaldas eran iguales que cuadros. Se fijó en el suelo cubierto de retales y vio las piezas de un puzzle. Las personas somos puzzles, pensó. Desde aquel mismo taller, treinta

años después, yo vería la sombra de los pies desnudos de Cristina Moslares sobre las claraboyas. Picasso abandonó el taller con la nostalgia de quien visita el territorio donde se asentó una gloriosa civilización de la cual ya no queda ni el más mínimo vestigio. Tampoco quedaba ningún rastro de gloria en ese taller en el que durante una época se reunieron los mejores artistas de aquella generación deslumbrante. Hoy no queda ni la huella de Cristina Moslares. Ni las pisadas de los gatos. Ni siquiera los actuales inquilinos del edificio saben que allí mismo, en ese agujero oscuro y húmedo, se congregaron los artistas más célebres de la ciudad y del mundo entero.

Antes de irse le pidió permiso para asomarse al taller. Aquel agujero de hierro. Aquella madriguera de la bohemia

sé Garriga», respondió Carmen Astorga. Pablo Picasso golpeó el picaporte esculpido por Clarasó, un pez que volaba hacia lo hondo y que sostenía en la boca una bola de hierro. Mi padre abrió la puerta. Lo primero que vio Picasso fue a un hombre joven, de su misma estatura, con una cinta métrica de color amarillo colgada del cuello. Mi padre había visto a Picasso en las fotografías de prensa y lo reconoció de inmediato, pero la timidez le impidió reaccionar y se limitó a saludarlo y preguntarle qué era lo que deseaba. «Un anorak», respondió Picasso.

Picasso entonces ignoraba que no volvería nunca más a Barcelona ni a ningún otro lugar del estado español

mi padre tenía el taller al final del pasillo. Era necesario atravesar todo el piso hasta llegar al patio cubierto de claraboyas. Los clientes de mi padre se colaban en nuestro hogar e irrumpían en la vida doméstica sin el más mínimo pudor. El probador estaba en el mismo cuarto que yo ocuparía veinte años después, a partir de noviembre de 1954. Picasso espiaba la casa como si tuviera que grabarla en la memoria para luego entrar a robar. A fin de cuentas, él era un ladrón de ideas, de volúmenes, de sombras y de colores. Al cabo de los años le oí decir a mi padre, durante una de aquellas largas y animadas sobremesas, que Picasso no parpadeó ni una sola vez durante



JOSÉ ANTONIO GARRIGA VELA EL ANORAK DE PICASSO

CANDAYA

Portada del libro 'El anorak de Picasso' publicado con el sello de la editorial catalana Candaya. La ilustración de la cubierta ha sido compuesta por Francesc Fernández con fotografías realizadas por Zsolt Horvath y David Douglas Duncan.

Picasso le dijo a mi padre que él vivía en Francia pero que viajaba habitualmente a Barcelona y que recogería el anorak en su próxima visita a la ciudad. Picasso entonces ignoraba que no volvería nunca más a Barcelona ni a ningún otro lugar del estado español. Los retales que estaban diseminados por el taller de mi padre eran una premonición del futuro de aquel territorio que Picasso abandonaba, como si Picasso hubiera presentado la tormenta, el peligro, la catástrofe que se aproximaba y decidiera abandonar el barco antes del naufragio.

El 20 de noviembre de 1954 nací en el mismo piso de calle Muntaner donde se había fundado el Cau Ferrat y en el que Picasso se mantuvo quieto frente al espejo mientras mi padre tomaba las medidas de su cuerpo. Picasso permanecía inmóvil ante la presencia de Rusiñol, Casas y Clarasó, que lo miraban en silencio desde los tres espejos del probador que multiplicaban infinitamente sus figuras.

Al poco de nacer, una enfermedad me tuvo entre médicos hasta los cua-

tro años. Luego la familia entera viajamos a Lourdes para cumplir una promesa de mi madre y dar gracias a la Virgen. Al llegar, me impresionó la explanada que había delante de la basílica. Una gran habitación al aire libre repleta de inválidos en sillas de ruedas y enfermos y moribundos tendidos en camillas. Yo creía que todos aquellos enfermos sanarían y que los tullidos recuperarían sus miembros amputados. Pensaba que las piernas y los brazos volvían a crecer de noche mientras sus dueños soñaban. Los milagros significaban para mí el restablecimiento de la normalidad y la constatación de lo imposible.

Aquella noche, en Lourdes, mi padre nos dijo que tenía que hacer un encargo. Al día siguiente iríamos a entregar una prenda a un cliente que vivía en un castillo cerca de Aix en Provence. Cuando llegamos al castillo nos recibió una mujer. Mi padre le dijo: «Soy José Garriga, el sastre de Barcelona, y traigo un anorak que me encargó Pablo Ruiz Picasso hace veinticinco años».

